

EL MINISTERIO DE SANIDAD EN ESPAÑA

SEÑORES:

Gran honor me conferisteis al encargarme del discurso de esta solemnidad, y como mis facultades no están a la altura de vuestros merecimientos, ni a la de mi voluntad para obedeceros, ni a la de mi devoción por la Academia, es natural que comience por impetrar vuestra benevolencia.

Creada esta Corporación en 1770, es anterior en tres años a la *Medical Society of London* fundada en 1773, en cinco a la *Guy's Hospital Physical Society* de Londres, inaugurada en 1775 y en cincuenta a la *Académie de Médecine de Paris*, que en la semana anterior, del 20 al 23 de este mes, ha celebrado su Centenario con grandes fiestas bajo el patronato de la más alta magistratura de la nación. Sirvan estos datos para demostrar que Barcelona, en los preteritos como en los presentes tiempos, há sentido nobles iniciativas y rendido al espíritu científico un fervoroso culto cual lo revelan así la prontitud en iniciarlo como la intensidad en desenvolverlo.

De la historia de esta Academia no he de hablar; acaba de hacerlo con su competencia y galanura habituales nuestro digno Secretario perpetuo; pero debo al menos recordaros un hecho glorioso de esta corporación; cuando a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX algunos médicos franceses, entre ellos Valentin, negaron competencia a los médicos españoles para juzgar problemas de difteria, un individuo de esta corporación alzó su voz para refutarles y para defender no sólo esta competencia sino hasta la primacía y superioridad clínica de los médicos hispanos sobre todos los

colegas extranjeros, y la Academia fué baluarte inexpugnable del prestigio nacional y el héroe de esta jornada el Dr. Salvá, quien replicó al Dr. Valentin que había observado el crup en Barcelona, siendo por este y otros servicios muy estimado el recuerdo de aquel académico (1).

Si en otro solemne momento de la vida científica de Barcelona, en la inauguración del curso de nuestra Universidad, el primero de octubre de 1918, diserté *En defensa de la raza*, en este momento, no menos solemne que aquel y ante la más alta corporación médica, deseo continuar mi obra y plantearos otro problema nacional no menos interesante y con él íntimamente ligado, de urgente creación, esto es, *El Ministerio de Sanidad en España*. La ley de internacionalismo que tiende a regir el mundo, acrecienta su oportunidad.

Evolución de la Medicina

Para ponernos a diapason con la solemnidad del momento y con la prestancia de la Academia, es indispensable realizar un examen retrospectivo, que ponga de manifiesto la evolución que la Medicina ha experimentado en este lapso de tiempo, y no se exagera al afirmar que durante la vida de esta Corporación se ha operado una tan gran mudanza como no puede ofrecerla ninguna otra disciplina humana. Interpretando la visión médica que se ofreciera al académico de aquellos años inaugurales con la que podemos contemplar en nuestros días, parece muy semejante a esa impresión de asombro que experimenta el viajero que después de unos minutos de obscuridad en un túnel, pasa bruscamente a la superficie de una ingente montaña, y divisa un horizonte sin límites, un panorama mirífico de prados, bosques y aldeas, con el mar en la lejanía, bañado todo por un sol radiante, coronado por un firmamento azul, y en un silencio solemne que concentra la atención: ¡el vigor de la impresión le sorprende y le extasia! En aquella época, la Medicina no pasaba de ser una ciencia de observación y de comentario; constreñida al auxilio de los sentidos corporales por todo arsenal exploratorio, apenas si podía escudriñar el cuerpo muerto con la autopsia: la medicina de nuestros días además de observadora se ha hecho experimental y armada de los

(1) Desruelles: *Traité théorique et pratique du croup*. Deuxième édition. Paris 1824, pág. 177. — Véase además: Martínez Vargas, *La doctrina clínica de la difteria definida por los médicos españoles de los siglos XVI y XVII*.

poderosos tentáculos que le prestan otras ciencias, llega con la biopsia a escudriñar en el vivo, hace transparentes las carnes del cuerpo humano antes opacas, busca el contraste de los reactivos químicos, utiliza fórmulas matemáticas, autoriza las operaciones exploradoras y acomete atrevimientos que antaño pugnaban con la intangibilidad humana; eso sí, todo con el afán insaciable de llegar a un diagnóstico de precisión casi matemática. Y aquel médico cuya indumentaria delataba a distancia la profesión, de porte misterioso, de largas melenas, de levita salpicada por tantas manchas como remiendos la capa del estudiante salmantino, el desaseo de su persona, algo así como el compendio de las suciedades que recogía de los cuerpos de sus enfermos, dogmático, sintético y filósofo, confidente y consejero como médico de familia en los arduos conflictos, guardador de los secretos del hogar, ha sido substituído por el médico moderno, rasurado y pulquérriimo, bañado a diario, cambiado de vestidos según las horas y de clientes según las enfermedades y su especialidad, positivista y experimental en sus diagnósticos, sin prejuicios ni dogmatismos, intrépido y valeroso en sus tratamientos, sin ligamen familiar ni confidencial con sus clientes, cultivador del arte y de la vida social, asiduo concurrente a los Casinos, congresista, viajero, deportista y, por fin, metido en las andanzas de la política que es la última y no menos trascendental de sus actuaciones.

Pareja con esta evolución de la Ciencia y del médico, nuestra profesión ha modificado sus normas. Constreñida ésta al cuidado de los enfermos, encerradas las corporaciones en sus recintos, ha sido tanto el caudal científico acumulado que ha podido rebasar el nivel del continente y, roto el dique, ha invadido el campo social por entero para intervenir en él; antes curaba sólo a los enfermos, ahora ha de curar a la sociedad. Reflejo de esta complejidad de la estructura de la Medicina son las palabras de Gimeno: «El médico es el hombre que más necesita saber y que más necesita demostrar que sabe; sus conocimientos arrancan de las raíces elementales de la ilustración general y llegan a los más arduos problemas de la sociología contemporánea.» Y en otro orden de ideas, Celli añade: «En todas partes donde la evolución social ha alcanzado un grado máximo, la Medicina Social constituye una base o al menos una parte esencial de la legislación social.»

Todo esto explica el carácter eminentemente público que esta profesión ha adquirido en nuestros días, la influencia decisiva que ha ejercido en las grandes contiendas de los hombres, prometedora a su vez de una influencia mayor, más o menos en armonía con el

bienestar humano y con una distribución más equitativa de los goces de la vida. Así pudo exclamar Descartes a principios del siglo XVII que sería preciso pedir a la Medicina «la solución de problemas que más de cerca interesan a la grandeza y a la dicha de la humanidad».

La Medicina Social es la conjunción de los conocimientos médicos y del progreso legislativo, con aplicación directa al bienestar del individuo y al mejoramiento social. Sus fines preferentes son la disminución de las enfermedades y de la mortalidad, la prolongación del período medio de la vida, sobre todo, en las clases bajas y el mejoramiento de la raza. «La Medicina Social establece un lazo ético entre el individuo y la colectividad» (Rumpf). Estas atenciones requieren, por tanto, que todo gobernante sea médico sociólogo o que se inspire por lo menos en el criterio de éste. El estado actual del mundo impone una meditación seria a todo aquel que se interese por la vida social, por hallarnos al parecer en uno de esos períodos críticos descritos por Flinders Petrie en «The Revolution of civilisation», en que la humanidad, para llegar a una nueva etapa de civilización ha de pasar por un período de relativa barbarie, algo así como un estado de incubación, y tengo para mí que el nuevo período se caracterizará por un mayor culto a la salud corporal y mental del hombre y por una intervención directa de la Medicina en la gobernación de los pueblos. Con ello no haremos sino reproducir lo que se usaba en aquella remota época de la Medicina Jónica y del gobierno de Esparta, que al rendir culto a la forma se procuraba el cultivo físico del hombre y se confiaba a éste el éxito de sus luchas y del predominio de su patria. La raza era mejor defendida entonces. Ese cultivo físico por los deportes, es sin duda uno de los motivos en que descansa el poderío de la raza anglo-sajona.

Ha sido preciso que llegara la última reciente guerra para que la humanidad abriera los ojos a la realidad y, haciendo una revisión de valores, se demostrara por modo indiscutible que entre todos los del mundo, es el superior el valor del hombre.

Valor humano

El poderío y la grandeza de una nación dependen directamente del valor personal de sus súbditos y del territorio en que asientan; uno y otra son la resultante de la acción del agente sobre el medio, sobre todo, del agente, ya que el hombre, por el estudio, por la cultura, por las iniciativas, por la laboriosidad, puede arbitrar recursos con

que mejorar las condiciones adversas del terreno, obteniendo por su esfuerzo en medios ingratos, rendimientos muy superiores a los que otros hombres alcanzan en medios favorecidos por la posición geográfica y por la fertilidad del suelo.

Si pues el factor hombre posee el impulso, el foco de la energía, es preciso procurarle la mayor perfección de su organismo y aquella protección necesaria para mantenerle en integridad funcional, en plena salud, palabra con que definimos la normal funcionalidad física y espiritual de una persona, con sensación de bienestar general. Sólo amparado en el temple de su salud el hombre es capaz de lanzarse a las más arriesgadas empresas, de acometer los mayores empeños, de resistir extraordinarias fatigas, desafiar las extremas diferencias del medio, elevarse como aviador a las capas atmosféricas más distantes del planeta, descender como minero o como buzo a las entrañas de la tierra o a los fondos más grandes del mar, sostener la atención horas extraordinarias, vivir en los climas de mayor diferencia, permanecer en los parajes insanos... es la salud, la mayor riqueza, el don máspreciado que puede apetecer el hombre y que puede legar en herencia a sus descendientes. Con la salud logra el hombre, mediante el estudio y la instrucción, el incremento de sus facultades, particularmente las del espíritu; aumenta el caudal de sus ideas y hace que éstas encarnen en la materia mediante el trabajo y, a fuerza de repetir los actos, adquiere facilidad en la ejecución; la destreza manual, que guiada por la luz intelectual, por la idea, produce la cultura, la cual es producto de ésta y de la acción; erige al hombre en señor de la naturaleza, le permite recoger a voluntad los elementos planetarios dispersos u ocultos, combinarlos, transformarlos, crear nuevos agentes, facilitar las relaciones entre los hombres acortando distancias, alumbrar fuentes de bienestar, faros de encanto, abrir nuevos horizontes a la admiración, con lo cual eleva a diario un himno de glorificación al Creador, que ha depositado en la naturaleza esa inextricable combinación de fuerzas y de agentes inagotables a través del tiempo. Tal es el valor del hombre con salud y con cultura. Dotado de estos atributos, experimenta la sensación de euforia, la alegría de vivir que se irradia en torno suyo; es liberal, expansivo, generoso, tiende su mano para elevar al caído y proteger al débil y practicando generosas obras, haciendo el bien por el bien mismo, se aparta de la animalidad, asciende a los grados más elevados de la moral y con su ejemplo moraliza a las masas que le contemplan. Bien pudo decir Cicerón: «Nulla res magis homines ad deos accedere quan hominibus salutem dando.» Una nación será tanto más po-

derosa y rica cuanto mayor número de súbditos tenga, cuanto más sanos y cultos sean éstos y cuántos más oficios y profesiones útiles posea, capaces de practicar el trabajo en todas sus manifestaciones, en el orden intelectual y en el material.

No así el hombre falto de salud, el enfermo. Atormentado éste por el funcionamiento anormal de sus órganos, según sea el trastorno más o menos intenso, se verá limitado en su libre expansión, no podrá trasladarse a los más apartados extremos y antes bien habrá de permanecer recluído en su vivienda, o en su lecho, requerirá el auxilio y la compañía de una o de varias personas, no podrá recibir la debida y continua instrucción, su cultura será deficiente, acaso nula, la alegría de vivir se le tornará tristeza, tendrá hostilidad a cuanto le rodee; huraño, le molestarán el contento y la dicha ajenos; incapaz para el trabajo, en vez de producir riqueza la consumirá, se convertirá en parásito, aumentará el parasitismo nacional que, como el de la familia, formará la lepra social y será un obstáculo para sus deudos y una carga para el Estado. Más todavía, la perversión anidará en su alma y le inducirá al crimen más nefando, alucinado por la idea de la salud. ¿Acaso hemos olvidado la fruición repugnante con que desgraciados tísicos han llegado al asesinato de inocentes niños, para beber su sangre caliente, gozosos ante la esperanza de curarse? ¿Puede darse abyección mayor?

Si de la salud individual nos remontamos a la colectiva, esta influencia se centuplica. «La salud pública — ha dicho Quierolo — que forma parte de la Medicina social exclusivamente, constituye la base de la prosperidad económica y del bienestar individual y nacional.» Y debe ocupar uno de los primeros puestos en el gobierno de los pueblos.

Por su parte Rossi-Doria añade «que el porvenir de todo país depende de la influencia que los médicos ejerzan en la legislación de la higiene pública».

La Medicina y la guerra

Más que en la paz, en las guerras se ha puesto de relieve la influencia de la previsión médica. Si en la paz la enfermedad resta a una nación trabajadores, en la guerra le anula soldados y le priva de la victoria. Más que las armas, las enfermedades diezman los ejércitos. En las antiguas guerras apenas si figuraba en el ejército algún cirujano y eso sólo para el servicio del rey o del caudillo. A fines del siglo xv, Carlos el Temerario de Borgoña introdujo la innovación de llevar en su ejército cirujanos que cuidaban a sus oficiales y a sus

soldados. Un siglo después, los ingleses le imitaron en su expedición a San Quintín; en el sitio de Metz, el Duque de Guisa, después de la derrota de Carlos V hizo que sus cirujanos dirigidos por A. Pareo recogieran y curaran a los soldados heridos del ejército enemigo; en 1639 el Cardenal Richelieu dispuso la creación de hospitales en las aldeas que se hallaban a retaguardia del ejército combatiente, para lo cual contaba ya con los cirujanos militares; en 1660, al crearse el ejército inglés permanente, se organizó un cuerpo de cirujanos militares; a mediados del siglo XVIII la Sanidad Militar quedó bien organizada. ¿Qué decir de los servicios que La Cruz Roja integrada y dirigida por médicos ha prestado a la causa de la humanidad?

Que la enfermedad del ejército es un factor negativo de la victoria, no puede discutirse. Bien claramente se demostró en 1809 con el desastre inglés en Walcheren. Inglaterra había enviado al Escalda 44,000 hombres y 470 buques. Bonaparte hallábase en Schoenbrunn y ordenó a sus generales que entretuvieran el mayor tiempo posible las tropas inglesas en la región de las fiebres. Enfermaron más de la mitad de los soldados, cayeron con paludismo unos 27,000 ingleses y aquel ejército hubo de retirarse sin tomar la flota ni entrar en Amberes. Perdieron allí 206 hombres por heridas de guerra y 8,000 por la enfermedad. El paludismo dió la victoria a los franceses.

Y nosotros mismos, ¿cuán castigados no hemos sido por el paludismo y la fiebre amarilla en Africa, en América y en Oceanía? ¡Es infinitamente mayor el número de nuestros soldados vencidos por la enfermedad que por el plomo o el acero! Y como nosotros, todos. Federico Barbarroja vió aniquilado su ejército en la Edad media por una insolación en Italia, y diez años después, cuándo había conquistado a Roma, una epidemia le anuló la victoria y le obligó a refugiarse en Alemania. En la guerra de los treinta años, el general sueco Torstenson paseó triunfante su ejército desde el mar Báltico hasta las puertas de Viena, pero surgió la peste bubónica y ésta anuló sus victorias y le obligó a una retirada que no habían podido infligirle los ejércitos enemigos. En el siglo XVIII los rusos y los austriacos próximos a triunfar de Turquía fueron acometidos por la peste y hubieron de suspender la guerra y de concertar una paz muy poco airosa; posteriormente, las enfermedades antes que los soldados obligaron a los franceses a retirarse de Sebastopol sin llegar al triunfo.

Pero donde más se destaca el nefasto influjo de la enfermedad no sólo entre los soldados sino entre los ciudadanos pacíficos de las ciudades es en la guerra de los 30 años, esa guerra religiosa entre protestantes y católicos que desde 1618 a 1648 perturbó y aniquiló a Europa. Con ejércitos combatientes que no pasarían entre ambos de

40 ó de 60.000 hombres, las salpicaduras morbosas de la guerra ocasionaron en la ciudad de Wurtemberg 300,000 defunciones en cinco años (Prinzing), las tres cuartas partes de su población, en el Electorado de Sajonia 934,000 en dos años, y la población entera de Alemania bajó de 16.000,000 de habitantes a 4.000,000. La guerra fué tan sólo la mecha del exterminio representado por las enfermedades, por el tifo, por la peste bubónica, por la viruela, por la disentería y por el escorbuto. Abandonados los heridos en las poblaciones del tránsito para curarse espontáneamente o morir, hacían el papel de portadores de gérmenes, y dondequiera que caían sembraban la desolación con tan variadas pestilencias.

En el siglo XVIII, organizados los hospitales de campaña, pudo atenuarse algo la mortalidad de la población civil, pero seguía intensa en el ejército por la defectuosa organización hospitalaria; Pringle atribuye a los hospitales una intervención excesiva en la intensa mortalidad, y Turpin y Crisse sostienen que de 1731 a 1741 murieron más soldados en los hospitales por falta de asistencia que por las armas en los campos de batalla. ¡Eran verdaderos sepulcros de soldados!

En nuestra guerra de la Independencia, en los seis años que median desde 1808 a 1814 los franceses perdieron 300 a 400,000 hombres por el tifo y por la fiebre amarilla que se desarrolló los años 1810 y 1811. En el sitio de Zaragoza el tifo mató 54,000 habitantes de los 100,000 que sumaba la ciudad y 18,000 soldados de los 30,000 que la sitiaban.

En la campaña rusa de 1812 la disentería produjo cerca de Polonia 80,000 invasiones y de 612,000 soldados sólo quedaron 112,000 (Bodart); el tifo mató a los franceses prisioneros y si murieron por las armas unos 100,000 soldados, por el hambre, el frío y las pestes sucumbieron 350,000; la dispersión de los soldados llevó consigo la propagación de las infecciones y sólo de tifo en tres meses, de octubre a diciembre, murieron 62,000 soldados rusos; en Alemania los años 1813 y 1814 murieron por el tifo de 200,000 a 300,000 individuos.

De 1808 a 1811 aquí en España, aleccionado por el desastre de Amberes el cirujano inglés Mc Grigor dispuso la redacción de estadísticas, y durante dos años y medio pudo comprobar que ocurrieron 2,699 óbitos por la guerra y 14,269 por enfermedades, esto es, una mortalidad anual de 42 por mil a causa de las heridas y de 118 por mil por el tifo que pudo dominarse, por la tifoidea y por la disentería que produjeron 11,000 víctimas.

En la guerra de Crimea en 1845 y 1856 la mortalidad guerrera fué de 69 por mil entre los ingleses, 70 por mil entre los franceses y de 120 por

mil entre los rusos y la morbosa de 230, 341 y 263 respectivamente. Dos epidemias de cólera produjeron 4,513 muertos a los ingleses y 10.044 a los franceses; una gran lección se destacó en esta campaña: Inglaterra envió a sus soldados todos los recursos necesarios de alimentación, equipo y transporte y la mortalidad morbosa fué rebajando completamente al tiempo que aumentó notoriamente entre las tropas francesas. Comparada la mortalidad inglesa desde enero a abril de 1855 y la de enero a abril de 1856, se comprobó una disminución de la mortalidad inglesa de 97'05 por ciento y en cambio una elevación de la mortalidad francesa de 57'43 por ciento.

La organización médica y la previsión higiénica en la guerra han dado demostraciones evidentes de su eficacia. Empezó ésta en 1870 en la guerra franco-prusiana. El ejército prusiano poseía una organización sanitaria perfecta, a la inversa del francés que carecía de ella; el primero tuvo una mortalidad guerrera de 55 por mil y otra morbosa de 25, al paso que en el ejército francés fué la primera de 68 por mil y la segunda de 141. En esta guerra dejó de aparecer el tifo y se desarrollaron la fiebre tifoidea, la viruela y la disentería.

En la guerra hispano americana, la mortalidad guerrera fué de 5 por mil y la morbosa, de 30'4 por mil.

En la reciente guerra de 1914-1918, se ha demostrado palpablemente la eficacia de la organización médica. En *Mi visita al frente francés*, y en la parte médica de la guerra, afirmo que se han yugulado muchas epidemias en las masas combatientes y que se ha evitado su transmisión y desarrollo en la población civil. Las epidemias de cólera que se iniciaron se evitaron por la inoculación preventiva, dando así una admirable comprobación al método implantado por nuestro Ferrán en Alcira; por igual procedimiento se ha evitado también la disentería; la viruela con la vacunación jenneriana; el tifo, la fiebre recurrente y la fiebre de las trincheras, por el despiojamiento, cuyas instalaciones he tenido ocasión de examinar personalmente; la fiebre tifoidea ha sido evitada también por la inoculación profiláctica en masa de ejércitos y poblaciones, dando así un triunfo brillante al método del Profesor Vincent en algunas de cuyas propagandas le he acompañado y colaborado; la misma tuberculosis se ha disminuído en la propagación del contagio en las trincheras y abrigos, por virtud de la investigación del recorrido del soldado tuberculoso y la desinfección de los locales ocupados por él; las afecciones venéreas han disminuído asimismo, habiéndose observado una proporción de 22 por mil al año, lo cual representa la octava parte de lo que se observa en la población civil; tan sólo la pulmonía y la meningitis cerebroespinal

han escapado a la previsión, por carecer de medios adecuados profilácticos para evitarlas.

Con razón pudo exclamar el Dr. Lambert, de New-York, en junio de 1919, a propósito de esta gran guerra, que la *Medicina ha sido uno de los factores que han decidido la victoria.*

La salud y la enfermedad

Por cuanto queda expuesto puede afirmarse que tanto en la paz como en la guerra, en las poblaciones como en los campos de batalla, la salud de los ciudadanos es el primer factor de trabajo, de riqueza y de progreso y la salud de los soldados el factor principal de la victoria. Y tengo para mí que si llegara a crearse una moderna Mitología, el genio del Bien simbolizaría la salud, el del Mal la enfermedad, difundiendo el primero todas las venturas, el segundo todos los infortunios. Y este simbolismo que es aplicable a todos los países y a todas las razas lo es con preferencia a nuestra España, donde la morbilidad y el enrarecimiento de población imperan por modo alarmante toda vez que lejos de disminuir tienden a aumentar. Dichosos esos países cuyos súbditos, bajo la tutela higiénica del Estado, logran longevidad, tienen escasa morbilidad, una mortalidad racional y ven aumentar su población progresivamente; desdichado el nuestro, donde la mortalidad es constantemente intensa y variada, la mortalidad creciente, la natalidad menguante, suicidio de la raza, los fraudes conyugales de moda, el aborto criminal endémico, la despoblación progresiva, la emigración desoladora y tolerada... y es que como tuve ocasión de decir en la *Semana Médica de Santander*, una triste desorientación ha impedido ver con claridad que el interés supremo de la vida es la salud. «Custodit vitam qui custodit sanitatem» (Escuela de Salerno). Nuestras masas han vertido torrentes de sangre por conquistar la libertad del sufragio, y una vez obtenido, cuando llegan las elecciones, se venden el voto; han luchado por la libertad de la justicia y, una vez instaurado el jurado popular, se absuelve a reos convictos y confesos de crímenes nefandos y son puestos en libertad con todos los pronunciamientos favorables; han luchado por la libertad del comercio y ya vemos como imperan los acaparamientos, los monopolios todos y como se nos niega hasta el pan nuestro de cada día; han luchado por la libertad del trabajo y estamos sometidos a una casi constante huelga, privados del destajo, cercenadas la actividad e iniciativas del obrero laborioso y despierto, e

imperante la norma del perezoso e indolente, nivelando a todos de arriba abajo en vez de impulsar el nivel de abajo arriba; han luchado por la libertad de la imprenta, y vemos oprimida la industria del libro, y la misión augusta del periodista, sembrador de ideas, está sometida a la casi constante previa censura, al veto del cajista, y lo que es peor al de los repartidores callejeros... Han luchado por estas libertades precarias y no se han percatado de luchar por la salud que es la primordial, que es inalienable. Por encima de todas las leyes humanas y, por tanto, susceptibles de variación, están las leyes naturales que son inmutables y la ley de la salud que es fundamental, indispensable para la perpetuidad de la especie y para la conservación y mejoramiento de la raza. Por encima de todas las legislaciones, la sociedad debiera poner la legislación de la salud. Este es el clamoreo general de todos los higienistas y de muchos pensadores. Así ha podido exclamar Loriga: «La legislación, aunque ha progresado mucho en el dominio de la higiene pública, en la protección de la sociedad contra las epidemias y mejora de las condiciones sanitarias, se ha quedado a la zaga en lo que se refiere a las numerosas causas de mortalidad, no menos desastrosas porque sean indirectas, que resultan de los reglamentos económicos, jurídicos y políticos, sobre todo de los referentes a las clases pobres.»

La salud, supremo bien de la criatura, se imprime con el soplo de vida en todo engendro normal; al nacer, casi todos la traemos como una modalidad impuesta a nuestra vida y la traeríamos todos, sin excepción, si se realizaran las prescripciones de la Eugénica, y podríamos conservarla si tuviéramos una mejor protección desde nuestra niñez y una educación más adecuada de nuestra voluntad para defenderla; así carecería de fundamento esa frase vulgar, «el hombre no muere, se mata». La muerte, estado contrapuesto de la vida, acecha desde el nacimiento, pero no hace presa sino en aquellos que por taras hereditarias, con sus vicios, con sus esfuerzos, con su ignorancia y con el desgaste de la edad, abren brecha para el asalto. Con razón ha dicho recientemente Kund Stouman, jefe de la sección de estadísticas demográficas de la Liga de sociedades de la Cruz Roja (1): «Todo el oro de la tierra no bastaría para devolver la vida a un muerto» y que «el hombre se pasa la mitad de la vida minando la base natural de su salud y la otra mitad realizando esfuerzos desesperados para recuperar el bien perdido.»

(1) *Boletín*, octubre de 1920.



Deberes sanitarios de los gobernantes

Deber es de los Gobiernos, previo el conocimiento de los peligros, de las épocas críticas de los individuos, implantar por la propaganda y por los recursos de que dispone, los medios de velar por la salud nacional. Nuestros gobernantes no se han preocupado mucho de ello.

Un ex ministro de la Corona, el Dr. Francos Rodríguez, ha censurado más de una vez el menosprecio, el desdén con que muchos Ministros y parlamentarios han tratado las cuestiones sanitarias, y ha puesto de relieve la supina ignorancia que les ponía al nivel de un mal estudiante de quinto ó sexto año de Medicina. ¡Eso, los legisladores del país! En letras de molde ha dicho «proceden mal cuando de problemas sanitarios se trata, por incomprensión del problema».

Al preguntar en una ocasión un senador a otro de qué se trataba en la Cámara, contestóle: «De cosas de médicos, muy aburridas.»

Otro ex ministro, de tres o más Ministerios, D. Amalio Gimeno (1), ha dicho: «En España estamos en un verdadero abandono sanitario; los políticos no se han ocupado con la debida detención de las cuestiones sanitarias»; «de aquí que estemos en cuestiones sanitarias tan verdaderamente a la cola de los países civilizados. En el seno de todos los problemas sociales hay un núcleo de condensación de sufrimientos que nadie mejor que el médico puede examinar. Pocos países hay como el nuestro donde reine apatía tan inexplicable respecto a esta preocupación del mundo culto.»

Añadamos a esto que desde que se promulgó la Ley de Sanidad en 1855 y la Instrucción de Sanidad en 1904, ambas anticuadas, la higiene social ha progresado mucho; la clase médica ha tratado de incorporar el progreso sanitario a nuestras leyes; pero en las tres distintas veces en que el intento se ha llevado al Parlamento, los mandatarios del país, bien avenidos con el desbarajuste, se preocuparon más de otros negocios menos interesantes para la patria y para el poderío nacional. Pero no perdamos la esperanza.

Alborea una empresa gigante que va a derrocar una utopía histórica, la del saneamiento universal, el saneamiento del mundo entero! Por quimérica que parezca la tentativa, puede darse ya hoy por realizable, inspirada como está en un ideal común de toda la humanidad: la de evitar la enfermedad, la de dominarla. Aten-

(1) *La Medicina Ibero*, 12 octubre de 1918.

diendo a que el hombre necesita una vivienda y que ésta debe estar protegida higiénicamente, se asocia a la función del médico la del ingeniero sanitario para que la construcción de aquélla en vez de ser, por la infección y la suciedad, un atentado continuo contra su vida, de día y de noche, más de noche que de día, sea una coraza protectora de su salud y de su bienestar, de un reposo alegre y sano.

Esta titánica empresa es un empeño de la Liga de las Sociedades de La Cruz Roja, a la cual pertenecen ya 30 naciones representantes de todos los continentes y está sancionada por el artículo 25 del Pacto de la Sociedad de las Naciones. Tiene por objeto «el mejoramiento de la salud, la defensa contra las enfermedades y el alivio del sufrimiento en todo el mundo». Su tarea médica comprende las estadísticas demográficas, las enfermedades contagiosas, la tuberculosis, el paludismo, el saneamiento público, la higiene industrial, la protección a la infancia, las enfermeras, la higiene de las enfermedades venéreas, la información médica, etc.

Para demostrar que España está muy necesitada de la reforma de su régimen Sanitario voy a exponer un esquema de la situación actual, verdadero desbarajuste que forma contraste entre los gobiernos, el progreso de la Ciencia y la ilustración de los médicos; no haya cuidado, sin embargo, pues si aquéllos persisten en su continuada siesta, la ley de la universalidad que gobierna el mundo les hará despertar por modo definitivo y nos impondrán desde fuera lo que hemos sido incapaces de realizar los de dentro. Si por la civilización se realizan las invasiones extranjeras, por la profilaxia se harán intromisiones en los países apestados; no habrá tolerancia para esos focos de infección, como no la ha habido para los de barbarie. Donde haya un foco de enfermedad, la asociación internacional aplicará su esfuerzo para sofocarlo. En el siglo XVI Ingrassias dijo: «Para infectar una ciudad y aun una nación, basta un pañuelo.» Infectada una nación pueden infectarse todas, y el mundo puede y quiere defenderse contra ese peligro.

Peligros para la raza: aspecto moral

El espectáculo del mundo respecto al problema de la especie, es de lo más desconsolador. Una ola de amoralidad va invadiendo la masa social y la inclina a ahogar todo esfuerzo y sacrificio, al propio tiempo que estimula el apetito de los goces fáciles, sin parar mientes en que ha de sofocarse toda virtud y enajenarse la propia dignidad. El mundanismo frívolo, el afán del lujo, la relajación de

los vínculos de la familia, el egoísmo que acobarda a la mujer ante el penoso deber de la maternidad, la carestía de la vida que ahuyenta del matrimonio a los varones, son causas de que disminuya la nupcialidad, lecho legítimo de la natalidad y engendro de una raza robusta. Es evidente la fragilidad de los hijos ilegítimos y su endeble colaboración social.

Además del descenso de la nupcialidad, conviene anotar como idea censurable el *plan del hijo único* que conduce a los fraudes conyugales y la profusión con que se practica el aborto. Y ya que de esto hablo, séame permitido elogiar la gestión de esta Academia al estudiar el grave mal del aborto en Barcelona y al formular una serie de medidas que habrían podido aminorarlo, si no extirparlo del todo. Por desgracia, el esfuerzo de esta Corporación cayó en el vacío. En nuestro país ha tomado aquella práctica tal incremento que constituye, aunque clandestinamente, una industria muy lucrativa. Y lo peor es que antes se hablaba de ello con algún recato, como se habla de todo lo que es pecaminoso, y no se comentaba sino por personas de cierta posición social, mientras que ahora se ha hecho su comentario tan familiar que se habla de su práctica con toda desaprensión y son señoras constituídas en familia, casadas, honestas, de buena posición, de reconocida religiosidad, las que se acercan al médico a pedir no ya consejo sino la ejecución del criminal acto.

Otra causa funesta para la especie es *la esterilización voluntaria* de la mujer. Pero como esta operación ha revelado sus quiebras, ha sido abandonada, y tan numerosas como fueron años atrás, son raras las mujeres que piden al cirujano la extirpación de sus ovarios para entregarse al placer sin límites y sin riesgo de descendencia; verdad es que se llega al mismo resultado por los procedimientos *anticoncepcionistas*.

De Alemania ha venido esta nueva plaga; dos profesores alemanes, Sarwey de la Universidad de Tubingia, defiende el derecho de la anticoncepción y Hulb, de la de Heidelberg, enseña la técnica para hacer práctica la evitación de la prole. Eran muchas las fábricas que allá por el año 1913 preparaban pastillas esterilizadoras de la semilla humana, varios los periódicos en que se anunciaban y más numerosos los agentes que iban de factoría en factoría haciendo propaganda de esta vituperable doctrina entre los obreros, la cual, llevada a la práctica, les permitiría los goces sin consecuencia prolífica y sin aumentar los gastos domésticos. A tal punto llegó el escándalo, que en el Parlamento alemán se pidieron medidas de represión para el que anunciara o propagara substan-

cias o aparatos anticoncepcionales y se acordó imponer una multa de 1,300 marcos y, en caso de insolvencia, seis meses de prisión.

Esta tendencia destructora de la especie humana invadió a Bélgica y bien pronto en 19 de abril de 1913 se promulgó la ley en que se condena el derecho al aborto y se recargó la penalidad contra esta clase de propagandas; poco después pasó a Francia y no obstante las simpatías que allí ha tenido la prolificidad limitada, en el Senado se promovió un debate del cual resultó condenado el maltusianismo práctico, afirmada una multa de 100 a 5,000 francos para castigar a todo aquel que propagara sus doctrinas y censurada la conducta de varios diputados que asistieron a algunas Conferencias anticoncepcionales.

En España no podíamos vernos libres de esa nefanda tendencia; antes de la guerra, a diario recibíamos los médicos prospectos, anuncios y substancias antifecundantes, con toda esa literatura mercantil ficticia y tendenciosa; y supe de más de una joven casada que, para desterrar del matrimonio las penalidades de la maternidad y las responsabilidades de los hijos abundantes, había ensayado las pastillas y satisfecha de su eficacia hacía una fiera propaganda entre sus amigas.

Otro motivo de corrupción moral y de empobrecimiento físico individual y nacional reside en la propaganda pornográfica, realizada por la lectura, por las estampas, por la conversación, por las representaciones plásticas y por las cinematográficas. Esta profusa incitación a la lascivia, esa atmósfera obscena, dañosa, anti-patriótica, funesta siempre, para los dos sexos y para todas las edades, es más intensamente perjudicial en la juventud, pues la prematuridad malogra todos los frutos, ya que, al despertarse son más impetuosas y desordenadas las pasiones, ya que la fragilidad corporal permite que los desgastes sean más debilitantes, aniquiladores y acaso mortíferos con o sin afección contagiosa, ya que la inexperiencia de los adolescentes agrava los efectos por las complicaciones con delitos, perversiones sexuales y compromisos sociales de que no se verán libres durante toda la vida. Así se nos aparecen esos jóvenes entecos, macilentos, distraídos, sin fuerza en sus músculos, sin ideas en su cerebro, sin atención y sin voluntad, *viejos jóvenes*, que apenas pisaron los umbrales de la vida cayeron marichitos por el cierzo corruptor de las liviandades. Toda medida de previsión que aparte a los jóvenes de estas doradas tentaciones del libro, de la estampa y del cinematógrafo; toda represión que prohíba en los escaparates esos aparatos de higiene íntima que con gran descoco se exhiben en las tiendas, merecerá el aplauso sincero de

los varones justos y previsores. Dentro de esta profilaxia cabe también la necesidad de moderar las libertades femeninas; ese tinte de masculinidad con que quiere adornarse la mujer, esa fingida despreocupación que yo llamaría descoco, esa moda que impone la vestimenta corta, las desnudeces largas y el recato en huelga, constituyen una provocación que tiene un epíteto popular y que si en la mujer madura es censurable y grosero, en la jovencita es una iniquidad porque al impudor se añade la profanación de esa flor de pureza, de candor y de castidad que adorna a las tiernas vírgenes. Ante esa conducta no nos parecen tales, ni podemos ofrendar nuestra admiración y respeto a esas damitas que en saraos y banquetes, en público y en privado fuman y beben como los hombres, conversan picarescamente, se deleitan con éter, se dan y recomiendan inyecciones de morfina y de cocaína en busca de un ensueño paradisíaco pasajero, del cual suelen seguirse ideas delirantes y de persecución que originan perversiones. Por esto merecen la reprobación general, todos los que sin receta clara e identificada despachan morfina, cocaína y otros medicamentos que sin una racional indicación son dañosos y sólo sirven de pábulo al vicio, por dorado que sea, y a la desmoralización más desenfrenada.

No carecen tampoco de responsabilidad algunos profesionales de la literatura, ya en la novela ya en los artículos periodísticos, cuando, en vez de enaltecer las bellas acciones y de aplaudir las virtudes, imbuídos por filósofos exóticos han difundido el escepticismo, a la par que ocultado el optimismo de la vida y ensalzado el pesimismo del porvenir, contribuyendo de esta suerte a torcer la recta educación de las multitudes y a engrosar la legión de los extraviados y viciosos. Durante varios años, dos o tres escritores del Norte parecían los únicos maestros del mundo.

A pesar de pertenecer a otra raza, a otro clima, a otras costumbres, lo cual supone distinto medio como fuente de impresiones y diferente sensibilidad para experimentar la emoción, se prescindió del influjo de estos factores en la vida individual y social, y se trató de infundir en nuestro ideario e incrustar en nuestras costumbres hábitos e ideas exóticos, y ya sabemos por experiencia cuán poco prosperan, si es que llegan a arraigar, las plantas procedentes de otras zonas. En esta época, en los artículos de periódicos, en los capítulos de novela, no aparecían como informadores más de esos tres o cuatro nombres y cuando, andando el tiempo, he visto que uno de aquellos apóstoles ha muerto en un manicomio, otro envenenado premeditadamente con cloral, he comprendido que no valía la pena de tener por oráculos a tales filósofos. ¡Lindos modelos— me he dicho —

para aleccionar y dirigir a la juventud! Brillante generación la que han preparado!

Y ya que del periodismo hablo, yo que soy de él tan fervoroso partidario, no he dejado de lamentar en muchas ocasiones que sus columnas inserten cierta clase de anuncios con clave, sólo conocida de dos personas en relación íntima, convirtiendo la publicación en agente celestinesco y otros anuncios en que se promete una pronta curación radical o la curación del cáncer y otros procesos tenidos por incurables; la honestidad y la credulidad públicas salen mal paradas de esas manifestaciones y de esas promesas a todas luces engañosas; la autoridad sanitaria debiera impedir esa cacería de desesperados y de incautos.

En 1916 el Dr. Burgeau (1) trató, en una tesis, de los errores y peligros de la prensa pública en asuntos de medicina, ya que ciertas informaciones por prematuras malogran algunas tentativas y otras por inexactas perjudican al público crédulo.

Aspecto demográfico

El vigor nacional representativo de un Estado depende del número y calidad de habitantes, que capitalizados según los alemanes en 8,000 marcos cada uno y según los norteamericanos en 3,000 dólares, constituyen el capital vivo, agente propulsor de un pueblo, el capital máspreciado entre todos. Desde luego éste se halla en razón directa con la densidad de población y con su cultura. Analicemos los diversos factores de la demografía.

La nupcialidad, he dicho antes, va disminuyendo por modo alarmante, pero lo peor es que los matrimonios que se verifican se conciertan por la mera inspiración y simpatía de los cónyuges, sin que medie una previa revisión de aptitudes, de salud y de vocación. Recientemente se ha sostenido que aquellos individuos de quienes se sepa que no pueden engendrar hijos sanos no deben ser autorizados para contraer matrimonio. En nuestro ejército existe ya el veto, pues se requiere la previa licencia; pero esto se refiere sólo a la capacidad económica del marido y deja libre de revisión médica al novio y a la novia, ya que el matrimonio eugénico requiere el examen de ambos contrayentes, por si alguno de ellos sufre

(1) *Les erreurs et les dangers de la grande presse en matière médicale.* Paris, 1916.

enfermedades de esas que deben impedir la unión por incapacidad, por transmisión de alguna dolencia o por la probabilidad de engendrar seres degenerados.

En los Estados Unidos está terminantemente prohibido el matrimonio a los locos, a los epilépticos y a otros enfermos. Esta previsión, que ha sido practicada hace luengos años por los ganaderos, por los negociantes de la cría de animales, por los floricultores, mediante la selección de los progenitores, de las semillas y la elección del momento, se ha visto con desdén por los cultivadores de la especie humana; ¡en este respecto, han sido más afortunados los hijos de los animales y las plantas que los hijos de los hombres! Esto trajo consigo la creación de la Eugénica, esa ciencia que busca el engendro más perfecto posible para obtener la selección de la raza por la constitución del matrimonio eugénico. De él he dicho lo siguiente (1):

«El matrimonio eugénico se halla ya implantado en varios Estados de Norte América; pero mucho antes de que se creara la Eugénica, muchos Estados, tan sólo aleccionados por las leyes de la herencia, han prohibido el casamiento de los locos, de los degenerados, de los epilépticos, de los tuberculosos, de los cancerosos; más aún: han llegado a proponer la emasculación de los criminales, para que no puedan dejar descendencia. Esto, que a primera vista pugna con el sentimiento, con el principio de la libertad individual, porque no deben desunir las leyes de los hombres la simpatía, la atracción mutua espiritual de dos almas, no resulta abusivo si se considera como un acto de prevención erigido en beneficio de la comunidad. También parece oponerse a la libertad individual la detención de un individuo honrado y su traslado a un lazareto, la vacunación obligatoria, la enseñanza obligatoria, y sin embargo cuando se calcula el inmenso daño que se produce con las epidemias de cólera o de peste, con la invasión de la viruela, con la ignorancia y el analfabetismo, ya no se juzgan tan duras ni tan draconianas estas medidas de previsión. De igual modo, si se tienen en cuenta las desgracias que producen en el hogar el alcoholismo, la sífilis, la neiserosis, la tuberculosis; si se medita que los niños engendrados en tales condiciones son flor de un día que, después de encender un amor intenso, desaparecen dejando en el corazón de los padres eternas espinas y punzantes remordimientos por haber engendrado seres desgraciados, nacidos sólo para sufrir y producir

(1) Martínez Vargas: *Primer Congreso Español de Pediatría*, Palma de Mallorca, 19-25 abril de 1914, pág. 63.

sufrimientos; si se calcula el número de jóvenes casados que al año, al semestre o al día siguiente de su matrimonio se dan cuenta exacta de su equivocación y de su desgracia de por la vida, ya no parecerá tan cruel ni tan dura la ley que obligue a cada contrayente, sobre todo al masculino, a un examen médico para que la ciencia dé su autorización u oponga su veto. Para completar este punto, en el terreno particular deben saber los cónyuges que el engendro realizado fríamente, brutalmente, en plena embriaguez, en plena fiebre, con abatimiento del espíritu, por convalecencia, por persecuciones, por quebrantos económicos o por disgustos, impone un sello indeleble al producto engendrado, el cual saldrá con estigmas de degeneración que en su día darán frutos amarguísimos de su influencia.»

La natalidad se halla en un descenso notable en todos los países, pero en el nuestro tiene caracteres alarmantes, pues hay ciudades en que el número de nacimientos es menor que el de defunciones; y preponderando la muerte sobre la vida, el balance vital señalará la quiebra.

La mortalidad infantil es un factor muy importante de la vitalidad nacional, es la guadaña que siega el plantío humano e impide la reparación de los huecos que deja el desgaste natural de la vida, y es tanto más sensible esa devoración del niño, cuanto que *es evitable* en gran parte, con una mayor instrucción de las madres, ya que la ignorancia más que la miseria es la causa de esa elevadísima mortalidad. Así lo he comprobado con las estadísticas anuales del *Instituto Nipiológico de Barbastro*, ciudad donde hemos rebajado la mortalidad desde 95 niños menores de 5 años a 43 el año 1917, primero de funcionar el Instituto y a 20 y 22 los sucesivos, manteniéndose esta reducción de una manera definitiva (1).

Se ha hecho un estudio comparativo de la mortalidad infantil durante diez años, desde el año 1909 hasta el 1918, entre trece estados europeos y Australia.

(1) *El Instituto Nipiológico de Barbastro*, septiembre de 1916.—*La Medicina de los niños*, septiembre de 1918.

Los niños de un año muertos por cada mil habitantes han sido en:

Inglaterra	el año 1909	109	el 1918	97
Escocia	» »	108	»	100
Irlanda	» »	92	»	86
Francia	» »	118	»	123
Holanda	» »	99	»	93
Dinamarca	» »	98	»	74
Noruega	» »	70	1916	64
Finlandia	» »	111	»	110
Prusia	» »	164	1918	149
Baviera	» »	217	»	203
Italia	» »	157	1915	147
España	» »	154	1917	155
Australia	» »	72	1918	59

Demuestra esta comparación que Noruega y Australia ofrecen la menor mortalidad infantil en 1909, de 70 y 72 por mil respectivamente y ha ido descendiendo a 64 y 70 en 1916 y en Australia a 59 en 1918; y demuestra también, y con dolor lo consigno, que España tiene una de las cifras de mortalidad infantil más elevada, y que en vez de disminuir ha ido en aumento, pues de 154 en 1909 ha subido a 155 en 1917, triste privilegio que comparte sólo con Francia, que de 118 ha subido a 123.

Comparadas las causas de *mortalidad* en los niños de un año, en los tres años de 1912 a 1914, se advierte que mientras por diarrea y enteritis Suecia ha tenido una mortalidad de 10'1, España ofrece la cifra de 45'4 y que por enfermedades respiratorias, mientras Australia arroja la cifra de 6'3 y Suecia la de 11'2 en España sube a 29'4, las cifras más extremas en todos los países y en todas las afecciones. Estas causas demuestran que los trastornos alimenticios producidos por la alimentación prematura, ya que en España es más frecuente la lactancia materna y nodriceril, y por el defectuoso abastecimiento de aguas, contribuye mucho al aumento de mortalidad y ésta podría reducirse intensamente con una sumisión absoluta de las madres al consejo médico; los trastornos respiratorios revelan por su parte las malas condiciones de la vivienda y la falta de cuidado en la protección del niño contra el frío. De contrarrestar los malos efectos de éste en invierno y los del calor en verano, morirían muchos menos niños de los que mueren. La ignorancia y la miseria, aquélla más que ésta, son los verdugos de los niños españoles.

En Inglaterra con 44.000,000 de habitantes murieron cada año en el quinquenio de 1906 a 1910, 197,075 niños y en España 191,686 con 19.500,000 habitantes. ¡El año 1900 perdió España 229,000 niños!

La mortalidad general es también altísima en nuestro país; comparada con la de otros Estados da las siguientes cifras:

	Mortalidad general en 1890	Mortalidad general en 1910
En Inglaterra.....	18 por mil	15 por mil
En Alemania	24 » »	17 » »
En Francia	21 » »	19 » »
En Italia.....	27 » »	21 » »
En España.....	30 » »	24 » »

Para contrarrestar esta doble mortalidad debiera venir en nuestro auxilio una intensa natalidad y una recia inmigración; ni la primera ni la segunda nos son favorables; antes bien, junto a esa natalidad deficiente, tenemos una emigración desconsoladora.

La emigración es una sangría abierta que va socavando los cimientos de la nación española. Esa emigración de familias, de pueblos en masa, que ya no regresan, es muy funesta, mucho más funesta que esa individual llamada de «golondrina» por que el individuo que deja en el país nativo a sus deudos, pasado algún tiempo y cosechado algún ahorro, siente vivo deseo de volver al país, importando en él la experiencia, la cultura y los bienes materiales adquiridos en la emigración. Esa tolerancia funesta de las autoridades con los agentes de emigración debiera cesar, como ese otro espectáculo que ha poco describía un corresponsal telegráfico, según el cual en Santander se formaban «colas» en las puertas de las casas consignatarias (1) para obtener el billete de emigrante; ¡ni que ardiera en guerra la península o fuera presa de un incendio devastador!

(1) *El Sol*, de Madrid, 1 diciembre, 1920:

Santander (doce noche).—A las puertas de las casas consignatarias transatlánticas se han formado hoy grandes «colas» de emigrantes, que desean adquirir pasaje en los buques que saldrán de este puerto el próximo mes de enero.

Es muy interesante consignar que las oficinas de la Trasatlántica francesa habían despachado a media mañana más de doscientos pasaportes.

Las «colas» comenzaron a formarse el martes por la noche.

Según la estadística del Consejo Superior de Emigración, en el primer semestre del año actual han salido por el puerto:

Coruña	19,419	pasajeros emigrantes	
Vigo	13,725	»	»
Santander.....	5,438	»	»
Barcelona	4,160	»	»
Málaga	3,335	»	»
Santa Cruz de Tenerife...	3,272	»	»
Cádiz	2,639	»	»
Gijón	2,338	»	»
Valencia.....	2,074	»	»

56,400

Todo esto motiva la escasa densidad de la población, que es una de nuestras grandes desdichas. El tipo medio normal de densidad de la población es, según Levasseur, de 160 individuos por kilómetro cuadrado; el tipo medio de España es de 36 y en algunas provincias de 25 tan sólo; Bélgica tenía, el año 1914, 230 habitantes por kilómetro cuadrado.

Una previsión inteligente y perseverante podría duplicar en unos cuantos años la población española, elevándola al rango que tuvo en siglos anteriores.

La escasa densidad de población no está compensada por la calidad; el análisis nacional que yo he realizado en mi discurso *En defensa de la raza*, relativo al valor físico, intelectual y moral de los españoles, me ha permitido decir: «Hablando sin eufemismos, es evidente que la raza española no llega hoy al tipo normal antropológico, no está a la altura de su historia, ni a la de sus condiciones geográficas, ni a la de la riqueza de su suelo.»

Aspecto infeccioso

La Liga internacional hace gran hincapié sobre este punto, ya que las enfermedades infecciosas son en parte evitables. Este capítulo tiene varias facetas. En todos los países cultos existe la profilaxia impuesta por la ley, que demanda como condición primordial la obligación de cada médico de dar cuenta a la autoridad de los primeros casos sospechosos para proceder a la limitación o aislamiento de los focos iniciales a fin de impedir una

explosión epidémica. En nuestro país, fuera de ciertas etapas en que un ministro y un gobernador llevan a punta de lanza la disposición legal, imponiendo sin apelación a tirios y troyanos multas de 500 pesetas, la ley figura tan sólo para ser desacatada. En este punto, el abandono no depende tanto de los facultativos como del defecto de organización; yo debo recordar que en otras épocas también, estas declaraciones de enfermedades infecciosas son acogidas casi como una oficiosidad molesta. Y unas veces hay que enviar el parte a una autoridad provincial, otras a una municipal, estotras a una autoridad subalterna; y en esa incertidumbre, hija de la versatilidad oficial, y ante esa ineficacia, el más disciplinado se fatiga y acaba por abstenerse. Esa lucha de competencias y ese cambio de oficina receptora es completamente lesivo a la previsión sanitaria y a la salud del público. Por otra parte, ciertas rebeldías debieran ser seriamente penadas. Recuerdo a este propósito que en octubre de 1914, cuando aquella epidemia de fiebre tifoidea que tan amargos recuerdos dejó en Barcelona, se dispuso el cierre de algunas fuentes y, por lujo de precaución, se pintaron algunas de éstas con franja roja en señal de gran peligro. Y un labriego se acercó a una fuente de la calle de Cortes, una de las más infectadas y responsable de la difusión epidémica; el urbano que vigilaba el sitio advirtió a aquél del peligro, le hizo saber la prohibición de beber en aquella fuente y la multa que le impondría si lo hacía; no obstante, el labriego terco que terco, se empeñó en beber y bebió en aquella fuente, desafiando todo riesgo morboso y las sanciones de la ley. Una sonrisa escéptica del agente del municipio fué el término de aquella escena. Es muy probable que aquel transeunte enfermara y, por lo menos, si no enfermó, es seguro que al llegar a su pueblo difundiera los bacilos tíficos entre sus convecinos y contribuyera a extender la enfermedad. Bien distinto este país nuestro de aquellos otros en que el individuo que es víctima de ciertas enfermedades es severamente castigado con una multa. Estas mismas afecciones sexuales han sido causa de reclamaciones consulares ante nuestro Gobierno por la falta de profilaxia y son hoy todavía motivo para que la escuadra inglesa y otras no recalen en nuestro puerto, porque una amarga experiencia les ha demostrado que poco después de su estancia en Barcelona casi toda la tripulación masculina se hallaba enferma y desatendidos por enfermedad los servicios del navío. Reflexionemos por un momento acerca de los estragos que en la juventud civil de nuestra ciudad producirá esa pestilencia constante, invigilada e irreprimida y las funestas consecuencias que han de derivarse para la prole, para las sucesivas generaciones.